

CAPÍTULO VI

Milton.

I. Idea general de su espíritu y de su carácter.—Su familia.—Su educación.—Sus estudios.—Sus viajes.—Su regreso á Inglaterra.

II. Consecuencias del carácter concentrado y solitario.—Su austeridad.—Su inexperiencia.—Su matrimonio.—Sus hijas.—Sus penas domésticas.

III. Su energía militante.—Su polémica contra los obispos.—Su polémica contra el rey.—Su rigidez y su entusiasmo.—Sus teorías sobre el gobierno, la iglesia y la educación.—Su estoicismo y su virtud.—Su vejez, sus ocupaciones, su persona.

IV. El prosista.—Mudanzas desde hace tres siglos en las fisonomías y en las ideas.—Pesadez de su lógica.—*Tratado del divorcio*.—Desgracias de sus chistes.—*Animadversions upon the remonstrant*. Rudeza de su discusión.—*Defensio populi anglicani*.—Violencias de sus animosidades.—*Reasons of church Government*. *Iconoclastes*.—Liberalismo de sus doctrinas.—*Of Reformation*. *Areopagitica*.—Su estilo.—Amplitud de su elocuencia.—Riqueza de sus imágenes.—Lirismo y sublimidad de su dicción.

V. El poeta.—En qué se acerca á los poetas del Renacimiento y en qué se aparta.—Cómo impone á la poesía un fin moral.—Sus poemas profanos.—El *Allegro* y el *Penseroso*.—*Comus*.—*Lycidas*.—Sus poemas religiosos. El *Paraiso perdido*.—Condiciones de una verdadera epopeya.—No se encuentran ni en el siglo ni en el poeta.—Comparación de Eva y de Adán con un matrimonio inglés.—Comparación de Dios y de los ángeles con una corte monárquica.—Lo que subsiste del poema.—Comparación entre los sentimientos de Satán y las pasiones republicanas.—Carácter lírico y moral de los paisajes.—Elevación y cordura de las ideas morales.—Situación del poeta y del poema entre dos edades.—Construcción de su genio y de su obra.

En los confines del Renacimiento desenfrenado que acaba y de la poesía regular que comienza; entre los *concetti* monótonos de Cowley y las galanterías co-

rrectas de Waller, aparece un espíritu potente y soberbio, preparado por la lógica y el entusiasmo para la epopeya y la elocuencia; un espíritu liberal, protestante, moralista y poeta, que celebra la causa de Algernon Sidney y de Locke con la inspiración de Spencer y Shakspeare; espíritu heredero de una edad poética y precursor de una edad austera, que se alza entre el siglo de la ilusión desinteresada y el siglo de la acción práctica; espíritu semejante á su Adán que al entrar en la tierra hostil, oía á sus espaldas, en el Edén cerrado, los conciertos expirantes del cielo.

John Milton no es una de esas almas febriles, impotentes contra sí mismas, agitadas por accesos de inspiración, precipitadas de continuo en el fondo del dolor ó de la alegría por una enfermiza sensibilidad, preparadas por su flexibilidad para representar la diversidad de los caracteres, condenadas por su tumulto para pintar el delirio y las contrariedades de las pasiones. Ciencia inmensa, lógica rigurosa y grandiosa pasión: he ahí su fondo: Tiene lúcido entendimiento é imaginación limitada. Es incapaz de alteración é incapaz de metamorfosis. Concibe la más alta de las bellezas ideales, pero no concibe más que una. No ha nacido para el drama, sino para la oda. No crea almas, sino que construye razonamientos y experimenta emociones. Emociones y razonamientos, todas las fuerzas y todas las acciones de su alma se reúnen y ordenan á impulsos de un sentimiento único, el de lo sublime, y el amplio río de la poesía lírica sale de él impetuoso, terso y espléndido como un raudal de oro.

I

Esa sensación dominante constituyó la grandeza y la firmeza de su carácter. Contra las fluctuaciones de fuera hallaba su refugio en sí mismo; y la ciudad ideal que había edificado en su alma, permanecía inexpugnable contra todos los asaltos. Era demasiado hermosa esa ciudad interior para que quisiese salir de ella; era demasiado sólida para que fuese posible destruirla. Creía en lo sublime con todo el brío de su naturaleza y con toda la autoridad de su lógica; y en él la razón culta fortificaba con sus pruebas las sugerencias del instinto primitivo. Bajo esa doble armadura el hombre puede avanzar con paso firme al través de la vida. El que se nutre incesantemente de demostraciones, es capaz de creer, de querer, y de perseverar en su creencia y en su voluntad; no gira á merced de cada suceso y de cada pasión, como ese ser móvil y dúctil que se llama poeta; permanece afianzado en principios fijos. Es capaz de abrazar una causa, y de serle fiel hasta el fin, á pesar de todo y contra todo. Ninguna seducción, ninguna emoción, ningún accidente, ningún cambio altera la estabilidad de su convicción ni la lucidez de su conocimiento. Desde el primer día hasta el último conserva intacto el sistema íntegro de sus ideas claras, y el vigor lógico de su cerebro sostiene el vigor viril de su corazón. Cuando, por último, esa lógica rigurosa se pone, como aquí, al servicio de ideas nobles, á la constancia se agrega el entusiasmo. El hombre juzga sus opiniones, no sólo verdaderas, sino sagradas. Combate por ellas, no sólo como soldado, sino como sacerdote. Es apasionado, devoto, reli-

gioso, heroico. Rara vez se ha visto tal mezcla; se vió plenamente en Milton.

Había nacido de una familia donde el fervor, la nobleza moral y el sentimiento de las artes se habían congregado para murmurar las más bellas y elocuentes palabras en torno de su cuna. Su madre era «una persona ejemplar, célebre en todo el contorno por sus limosnas (1).» Su padre, estudiante en Christ-Church y desheredado como protestante, había hecho sólo su fortuna, y entre sus ocupaciones de legista había conservado la afición á las letras, no habiendo querido «abandonar sus liberales é inteligentes inclinaciones hasta el extremo de hacerse esclavo del mundo;» escribía versos, era músico excelente, uno de los mejores compositores de su tiempo; elegía á Cornelio Jansen para hacer el retrato de su hijo que no tenía aún más que diez años, y daba al niño la educación literaria más amplia y completa (2). Procure figurarse el lector ese niño en aquella calle de comerciantes, en medio de esa familia modesta é instruida, religiosa y poética, donde imperan costumbres regulares y aspiraciones elevadas, donde se ponen en música los salmos, donde se escriben madrigales en honor de la reina Oriana (3), donde el canto, las letras, la pintura, todos los ornatos del bello Renacimiento vienen á adornar la gravedad digna, la honradez laboriosa, el cristianismo profundo de la Reforma.

Todo el genio de Milton sale de ahí: se encontró con su familia en la confluencia de dos civilizaciones que él juntó, mezclando el brillo del Renacimiento con la

(1) Life by Keightley.

(2) Life by Masson.

(3) La reina Isabel.

seriedad de la Reforma, las magnificencias de Spencer con las severidades de Calvino. Antes de los diez años tenía un preceptor docto «y puritano que le echó la tijera al pelo»; además fué á la escuela de San Pablo y luego á la universidad de Cambridge para instruirse en la «cultura literaria» y desde la edad de doce años trabajó hasta la media noche y aún hasta más tarde, á pesar de su mala vista y de sus dolores de cabeza. «Cuando yo era aún niño (dice uno de sus personajes, que se le parece (1), ningún juego infantil me agradaba. Toda mi alma se consagraba á aprender y saber para poder trabajar en el bien común; yo me creía nacido para ese fin, para ser el promovedor de toda verdad y de toda rectitud.» Efectivamente: en la escuela, en Cambridge y en su casa se pertrechaba con todas sus fuerzas y «con la aprobación de todos los hombres de bien», recorriendo el inmenso campo de las literaturas griega y latina, no sólo los grandes escritores, sino todos los escritores; al mismo tiempo el hebreo antiguo, el siríaco y el hebreo rabínico, el francés y el español, la antigua literatura inglesa, toda la literatura italiana, con tanto ardor y provecho que escribía en verso y en prosa italiana y latina como un italiano y un latino; por remate, la música, las matemáticas, la teología y otras cosas más. Un grave pensamiento presidía á esa gran labor. «Por voluntad de mis padres y amigos yo había sido destinado desde la infancia al servicio de la Iglesia, y á ello concurrían mis propias resoluciones. Pero, al llegar á cierta madurez, viendo la tiranía que había invadido la Iglesia, una tiranía tan grande que todo el que quisiese entrar en las órdenes debía declararse *esclavo* por juramento y

(1) *Paradise Regained.*

bajo su firma, de suerte que, á menos de ser grata esa promesa á su conciencia, tenía que ser perjuro ó sufrir el naufragio de su fe, creí mejor elegir un silencio sin tacha antes que el oficio sagrado de la palabra comprada y comenzada con la servidumbre y el perjurio». Se negaba á ser sacerdote de la misma manera que había querido ser sacerdote; esperanzas y renuncia, todo partía en él del mismo origen, de la voluntad fija de obrar noblemente. Vuelto á la vida laica, siguió perfeccionándose, estudiando con pasión y método, pero sin pedantería ni rigorismo. Al contrario: siguiendo á su maestro Spencer, en el *Allegro*, en el *Penseroso*, en el *Comus*, bordaba con brillantes colores las riquezas de la mitología, de la naturaleza y de la fantasía; después, marchando á los países de la ciencia y de la belleza, visitaba Italia, conocía á Grocio y Galileo, frecuentaba el trato de los sabios, de los literatos, de los hombres de mundo, escuchaba á los músicos y se penetraba de todas las bellezas acumuladas por el renacimiento en Florencia y en Roma.

Su erudición, su hermoso estilo italiano y latino le conciliaban por todas partes la amistad y las atenciones de los humanistas, tanto que, al volver á Florencia, «se encontraba allí tan bien como en su propia patria.» Se proveía de libros y de música que enviaba á Inglaterra, y pensaba en recorrer Sicilia y Grecia, esas dos patrias de las letras y de las artes antiguas. De todas las flores abiertas al sol del Mediodía bajo los dos grandes paganismos, cogía libremente las más perfumadas y exquisitas, pero sin mancharse en el fango que las rodeaba. «Tomo á Dios por testigo (escribía más tarde) de que, en todos esos sitios donde hay tanta licencia, he vivido puro y exento de toda especie de vicio é infamia, teniendo siempre presente

la idea de que, si podía sustraerme á las miradas de los hombres, no podía sustraerme á las de Dios (1).» En medio de las galanterías licenciosas y de los sonetos hueros que entonces se prodigaban, había conservado su sublime idea de la poesía; pensaba escoger un asunto heroico en la historia antigua de Inglaterra, y se confirmaba en la opinión de «que el que quiere escribir bien sobre cosas loables, si no ha de ver defraudada su esperanza, debe empezar por ser él mismo un verdadero poema, es decir: un conjunto y un modelo de las cosas más honrosas y mejores, y no tener la pretensión de cantar las altas alabanzas de los hombres heroicos ó de las ciudades famosas sin tener en sí propio la experiencia y la práctica de todo lo que es digno de loa (2).» Tenía predilección por Dante y Petrarca á causa de su pureza, porque, según se decía á sí mismo, «si en la mujer, á quien San Pablo llama la gloria del hombre, es la impudicia tan gran escándalo y tan gran deshonor, en el hombre, que es la imagen y la gloria de Dios juntamente, debe ser mucho más deshonrosa y más infame, aunque no se crea así por lo común.» Pensaba «que todo espíritu noble y libre debe ser caballero de nacimiento y sin juramento» por la práctica y la defensa de la castidad, y conservó su virginidad hasta á su matrimonio (3). Cualquier tentación, temor ó atractivo, le hallaba, igualmente, firme y resistente. Por gravedad y decoro evitaba las disputas de religión; pero, si se atacaba la suya, la defendía con vehemencia, hasta en Roma, enfrente de los jesuítas que maquinaban contra él, á

(1) Véanse también los sonetos italianos donde respira un sentimiento tan religioso.

(2) *Apology for Smectymnus*.

(3) Véase su *Tratado del divorcio*, que es transparente.

dos pasos de la Inquisición y del Vaticano. El deber peligroso, en vez de arredrarle, le atraía. Cuando empezó á regir la revolución, volvió, por conciencia, como un soldado que, al ruido de las armas, corre al peligro «mirando como cosa vergonzosa el pasarse el tiempo en el extranjero, ociosa y agradablemente, mientras sus compatriotas luchaban por su libertad.» Entablada la lucha, apareció en las primeras filas como voluntario, exponiéndose á los golpes más rudos. En toda su educación y en toda su juventud, en sus lecturas profanas y en sus estudios sagrados, en sus acciones y en sus máximas, transpira ya su pensamiento dominante y permanente: la resolución de desenvolver y emancipar en sí mismo el hombre ideal.

II

Dos potencias principales guían á los hombres: el impulso y la idea. La una domina á las almas sensibles, abandonadas, poéticas, capaces de metamorfosis, como Shakspeare; la otra gobierna á las almas activas, resistentes, heroicas, capaces de inmutabilidad, como Milton. Las primeras son simpáticas y fecundas en efusiones; las segundas son concentradas y propensas á la reserva (1). Las unas se entregan; las otras se reservan. Aquéllas, por confianza y sociabilidad, con instinto de artistas y una súbita comprensión imitativa, toman involuntariamente el tono

(1) «Aunque yo no hubiese tenido más que una leve tintura de cristianismo, cierta natural reserva y la disciplina moral enseñada por la más noble filosofía, hubiesen bastado para inspirarme el desdén de las incontinencias.» (*Apología* en pro de *Smectymnus*.)